

y tamañas fuerzas bastan para forjar al invencible, pues, ya la muerte, ha vencido a la muerte y perdurará eternamente.

Deshojemos aquí las flores de la gratitud, la rodila en el polvo y alta la frente, vivifiquémosle al calor del recuerdo de sus proezas, al palpar de nuestros corazones entusiastas y agradecidos razonaremos una vez más, la sagrada protesta que es nuestro lema: vivir para la Patria, saber pelear por ella, y morir por su independencia.

LA CIVILIZACION

Y LAS NECESIDADES

Es una verdad económica irrefutable, que las necesidades marchan a la vanguardia de la civilización.

La necesidad es una inseparable compañera del hombre y de la sociedad. Bajo cualquiera de sus fases que estudiemos la ilustración y cultura de un pueblo, hallaremos que las necesidades han sido la causa eficiente de su adelanto y que éste último está en razón directa con el aumento de aquellas.

Las necesidades impulsan al hombre a su perfecto desarrollo físico, moral é intelectual, por medio del gran regenerador, el trabajo.

¿Qué importancia pueden tener en el mundo civilizado los pueblos que carecen de necesidades? La importancia y significación que concedemos a las tribus salvajes. La historia de las naciones todas del globo, nos está demostrando que las necesidades han sido precursoras de su civilización.

En efecto, si en el hombre no fuese una necesidad imperiosa la asociación ó sea ese comercio moral é intelectual con las masas, que tanto expansiona el espíritu y alimenta la inteligencia, indudablemente no se habrían creado tantos medios de comunicación.

Si no sintiéramos necesidad irresistible de vestirnos, el trabajo fabril é industrial jamás habrían alcanzado el desarrollo á que hoy se encuentra elevado.

Si la necesidad de nutrir el espíritu no colocará el libro en nuestras manos, de seguro, no nos sentiríamos impelidos á la ciencia cuyo estudio deifica á la humanidad. Tampoco fundaríamos plantales de instrucción. ¿Para qué nos servirían los colegios, las bibliotecas y las sociedades científicas y literarias?

Sin las necesidades individuales, poco nos preocuparía el bienestar general: nos sería indiferente el estado de paz ó de guerra, la represión de los delitos, en una palabra, la moralidad pública, sinónimo de conservación individual.

Los Gobiernos, ¿para qué habrían de dictar leyes y medidas que aseguraran la propiedad, ampararan el trabajo y garantizaran al ciudadano, si ellos y sus súbditos no tuviesen necesidades que llamar?

La decantada lucha por la vida con-

siste en esa montaña de necesidades que perennemente agobian al hombre, obligándole, por medio del trabajo, á proseguir eternamente la colosal obra denominada progreso.

El jefe de un hogar tampoco combatiría con creciente afán por el porvenir de sus hijos si éstos tuviesen necesidad de satisfacer.

En una palabra, la humanidad entera, lejos de acudir al llamado universal del progreso, se vería agobiada bajo el peso abrumador de la vagancia, que la conduciría á la más abominable de las relajaciones, si las necesidades no aumentaran incésantemente sus fuerzas y sus energías.

Inútil es que insistamos en demostrar una verdad tan palmaria, las necesidades representan las aspiraciones del hombre, individual ó socialmente considerado, y como el hombre sin aspiraciones es un ser degradado, es irrefutable que los engendran la civilización y le progreso.

Aumentemos, pues, las necesidades del pueblo y habremos izado el estandarte de la civilización nacional.

GOTIERRE.

El Hábito del Trabajo

En la clase infima de nuestro pueblo, los padres de familia, no obstante su ignorancia, saben que el hombre económicamente debe ser considerado como una máquina, y cuando menos ha de producir el importe de lo que consume. Por eso á los hijos pequeños arrancados casi de los brazos de la madre, los dedican á algún trabajo.

En las faenas del campo se ven perfectamente graduadas las ocupaciones: allí una vez que el jefe de la familia consultando la hora de su eterno reloj, las estrellas, abandona el lecho, nadie permanece acostado; todos se ponen en pie y para todos hay ocupación.

Las mujeres comienzan sus acostumbrados quehaceres domésticos, los hombres alistan sus animales de carga para emprender el cotidiano viaje á la población cercana, ó toman en sus manos los instrumentos de labranza, y los muchachos titiritando de frío, caminan silenciosos tras el ganado para ir á esperar la salida del sol en la cumbre de la montaña.

Admira cómo campesinos de tal rudeza, tienen establecida tal disciplina en su familia, y cómo en esos humildes hogares se cumple tan de buen grado la ley del trabajo.

Allí en la ocupación diaria, constante, casi sin tregua, van creciendo los hijos sin más aspiración, llegada la juventud, que formar un hogar aparte, hogar siempre calcado sobre el hogar paterno y en el que se vive humildemente, no hay en realidad miseria, debido al hábito del trabajo que no deja llegar nunca las familias á la extremada escasez.

Por el contrario en las clases media y

alta, con frecuencia los padres de familia se olvidan por completo de que el hombre considerado económicamente debe ser como máquina, cuando menos ha de producir el importe de lo que consume; y llevando su cariño á un grado exagerado, creen que su deber de padre consiste en no permitir que sus hijos tengan molestia alguna, aunque esto lleve por fin enseñarlos á que se proporcionen la subsistencia, y á menudito ven como degradantes ciertos trabajos sin comprender que el hombre con su conducta dignifica ó degrada el trabajo no el trabajo al hombre.

Tales padres con su manera de discutir no hacen más que causar de buena fé graves perjuicios á los hijos por que cuando llega la juventud, sin que el hijo haya oído en su casa aquella máxima azteca: *Vive del producto de tu trabajo porque así te será más agradable el sustento*, cuando llega la edad de las pasiones sin que el joven cuente con recursos propios, ni sepa allegárselos de una manera lícita, no se pasa en medio para adquirirlos y recurre no pocas veces hasta el crimen.

El remedio de este mal que tantos tragos ha causado y está causando á la sociedad, lo encuentran los padres de familia, cualquiera que sea su posición social, formando en sus hijos el hábito del trabajo; es decir, enseñándolos á no esperar todo del padre, sino á bastarse así mismos.

GOTIERRE.

El buen y mal periodismo

El buen periodismo escasea, pero el malo abunda; y si bien es cierto que éste se dá á conocer por sí mismo, siempre perjudica porque es como la difamación y la calumnia. Se busca el buen periódico para las buenas causas, pero para las malas allí está el otro de que nos ocupamos, vive de torpezas y de mala fe, no tiene honradez, pero lastima honras y dignidades. ¿El tiempo y la difusión de la enseñanza, hará que vaya desapareciendo esta mala hierba de campo en que espiga y fructifica el periodismo honrado, el único que instruye y el único también que tiene conciencia de su valimiento y de su poder?

Para herir á traición allí está escondido en la sombra el importuno, lanzando sus correspondencias anónimas, e las que la injuria y la calumnia aparecen veladas por cierta artificiosa maldecencia. Este periodismo es el que continuamente se queja de no tener garantías constitucionales como si la Constitución y la Ley hubieran sido hechas para darlas á los que difaman sin tener en cuenta la honra y dignidad del que manchan. ¿Quién se queja en la República de los que pertenecen al periodismo honrado de que se le ha perseguido por la manifestación lícita de sus opinio-